

I

Sigo encendiendo el faro por las noches y lanzando bengalas durante el día cada vez que veo un barco o un avión, pero ya he asumido que nadie informará de mi presencia ni vendrán jamás a rescatarme. No sé qué ha ocurrido en el mundo. Es evidente que algo sutil y, al mismo tiempo, profundo y radical lo ha cambiado. Sigue habiendo ciudades y robots, barcos y aviones, el Sol y la Luna se alternan como han hecho siempre, la atmósfera está limpia y fresca y las mareas van y vienen con la cadencia que tendría la respiración de un gran leviatán con la mirada fija en la eternidad, tal y como lo recuerdo de cuando era niño y mis padres me llevaban a la playa; incluso hay animales: insectos, pájaros, jabalíes ocultos en los bosques y perros que vagabundean por los páramos; a veces, delfines que juegan y ballenas que resoplan en la lejanía. En apariencia, está todo igual. Excepto por un único detalle: no hay humanos, aparte de mí mismo, al menos en esta zona del mundo. Han desaparecido. Intento entender qué ha ocurrido, recordar de dónde vengo, quién soy realmente, y a veces me parece normal esta soledad; otras veces, sin embargo, siento

un escalofrío en la nuca, como si un lobo me acechara. La ausencia de la Humanidad ha calado a una profundidad de catacumba, desde donde resuena con un silencio clamoroso. Alrededor del hueco que han dejado los seres humanos gravita cada brizna de hierba, cada soplo de aire, cualquier cosa que forme parte de este planeta, y ahora todo tiene un sabor metálico, como si se hubiera desterrado el caos del mundo y éste se hubiera transformado en un mecanismo de relojería en el que se mezclaran el aroma propio del ozono de los generadores con el del aceite de los engranajes. ¿Cuánto tiempo aguantaré la soledad?

II

Hoy he tomado una decisión: abandonaré el faro y viajaré por el mundo a la búsqueda de otros seres humanos. Sólo una cosa me frena: necesito planearlo bien. Más allá de unas cuantas jornadas de viaje, no sé con qué me encontraré. Antes de salir tengo que acumular víveres, conseguir un vehículo y, sobre todo, rutas de acceso a la red de ordenadores que controlan el mundo. Todo esto me llevará tiempo. Semanas. Meses, quizás. Mientras tanto, seguiré escribiendo. Escribir a mano es un anacronismo, como tener un huerto, pero me tranquiliza. Me ayuda a soportar la soledad y es mi única guía en el laberinto de mis recuerdos. Sentir la pluma deslizarse suavemente sobre el papel me ayuda a construir mi memoria en el presente mientras viajo a tiempos pretéritos de cuya realidad nunca estoy muy seguro. ¿Seré yo ese niño que corretea alrededor de una fuente, en el centro de un patio repleto de geranios y claveles? ¿O fui aquel otro que llegó a Europa escondido en el remolque de un camión? ¿Por qué siempre recuerdo el mismo camino en mitad del bosque, pero no recuerdo haber vivido nunca en el campo? Cuando cierro los ojos, me ahogo en un caleidoscopio de imágenes entre las que me cuesta separar

las pepitas de oro de la realidad de las llamaradas deslumbrantes, pero fraudulentas, de la imaginación.

En medio de la confusión, escribo para sobrevivir. Escribir me obliga a estar alerta, a mantener los ojos abiertos. Es mi tabla de salvación. Si bien es cierto que sentarme en silencio ante el papel en blanco es evocar inevitablemente a Lucía, provocar a su recuerdo para que venga a devorarme, también es verdad que el rigor y la autodisciplina que exige la palabra escrita es el mejor exorcismo que pueda imaginar en estos momentos. Cuando cae la noche, su ausencia preña el mundo sin remedio: está en todas partes, en cada soplo de aire que entra en mis pulmones, en cada rincón oscuro, desde donde me mira fijamente. Se impone con persistencia a todo el resto de recuerdos, a toda la confusión que hay dentro de mi cabeza. Durante la noche, en mi memoria se hace de día: en la quietud de las horas oscuras, cuando más afilada es la soledad, y más fría, y más profundamente se hunde en mi estómago, la evocación de su nombre enciende una estrella en la bóveda celeste de mi cráneo que con su brillo de nova, o de faro, borra la presencia de todos los demás astros que confunden mi deriva en las horas de vigilia. Ella, sin estar, es dueña del aire que respiro y del suelo que piso. Transforma la noche en un piélago tempestuoso en el que el vaivén de las olas me revuelve el estómago y los lamentos de los huérfanos que flotan a mi alrededor me ponen la piel de gallina. No somos supervivientes de ningún naufragio, simplemente hemos sido abandonados a nuestra suerte en aguas frías y plomizas. El firmamento está cubierto por mantas grises infladas de tormenta. Flotamos en silencio, confundidos. A veces, latigazos blancos desgarran las nubes y el mundo se ilumina. Los diviso entonces, montados en la montaña rusa de las olas, yo entre ellos, en ocasiones por encima de mí, colgados en la cresta de las ondas; por debajo de mí, hundidos en los más profundos valles, en otras ocasiones,

como si estuvieran a punto de ser devorados por el mar. Sus gemidos me llegan muy débiles y sé que, poco a poco, van pereciendo: se quedan sin fuerzas porque nunca nadie los amó, y dejan que las olas los arranquen del aire como fruta madura de un árbol para que el gran estómago del mundo haga su trabajo. Yo me agarro a la pluma y recuerdo a Lucía, me aferro a su memoria e intento que la incertidumbre no consuma mis fuerzas, que el miedo no agarrote mis músculos. No suelto la pluma ni dejo de escribir hasta que el sueño lanza sobre mí un alud invencible. Aguanto el vaivén de la marejada hasta que no puedo más. La nieve cierra mis párpados y me entierra en el silencio. Algunas noches incluso dormido sigo escribiendo. Por pura inercia, en ocasiones, escribo frases enteras y, al día siguiente, me doy cuenta de que he plasmado el principio de un sueño, tal vez un indicio que me conduzca de nuevo hasta el lugar de donde vengo.

III

Sé que hubo un día en el que el mundo estuvo lleno de gente. Sé que tuve una infancia. Sé que yo formé parte de la multitud de personas que iban y venían sobre la superficie de este planeta, consumiendo sus recursos mientras se afanaban en sus quehaceres cotidianos. Sé que en el pasado este planeta estuvo cubierto por una red invisible de deseos y deberes, y que hombres y mujeres, niños y niñas, eran los nodos de esa red. Se levantaban a golpe de despertador y se acostaban agotados, interaccionaban unos con otros de sol a sol, y de luna a luna, y de esta forma sostenían, entre todos, veinticuatro horas al día, eso que llamaban «civilización humana». Poco más sé con certeza.

Tengo la impresión, en ocasiones, de haber sido minero. Me deslumbran fogonazos de una vida de lombriz, arrastrándome por túneles en penumbra, empapado en sudor

por culpa de un calor telúrico. Quizá por eso tenga pánico a los sitios cerrados y oscuros. Porque me acosan recuerdos según los cuales fui víctima del derrumbamiento de una galería. En otras ocasiones, estoy convencido de haber sido soldado, o marinero, o incluso astronauta, y sueño despierto con reentradas atmosféricas durante las cuales mis huesos crujen y mi corazón explota. Pocas veces me brinda mi maltrecha memoria la ocasión de disfrutar en paz de un paseo por el bosque o de una tarde tranquila en la que sienta un atisbo de esperanza. En medio de toda esta confusión, un único nombre parece ser una apuesta segura hacia la verdad: Lucía. Busco su figura, su aliento y su mirada entre las sombras de mi memoria, que me muerden manos y pies como perros inquietos tras todas las esquinas. Sé que mi pasado me observa y espera resignado a que yo lo recuerde. Sé que hay, siempre a mis espaldas, una multitud de niños que posan su mirada sobre mí y desaparecen cuando miro por encima del hombro. Cada uno de ellos representa una línea temporal que pudo ser y no fue a excepción de unos pocos, que sí fueron y aguardan hambrientos a que les ofrezca una mano para sacarlos del olvido. En medio de esa multitud se esconde Lucía. Escribir es tender esa mano.

Aún tengo muchas lagunas, y no todas las piezas de las que dispongo ahora mismo encajan perfectamente en el puzle de mi vida, pero intuyo que mi historia empieza y termina en su recuerdo.